

Como cada día María espera en el coche delante del colegio a su hijo Pablo. Llega media hora antes que el resto de los padres para asegurarse de poder aparcar el coche exactamente en el mismo sitio. No quiere arriesgarse a que otro vehículo ocupe ese aparcamiento porque sabe lo importante que es para Pablo. Se sonríe al pensar como años atrás le parecía tedioso ese tiempo de espera mientras que ahora forma parte de su rutina y de hecho, le encanta. Es su tiempo de relax después del trabajo. 30 minutos para ella sola en los que leer, escuchar música o simplemente desconectar de cuanto la rodea.

Suena el timbre y todos los alumnos de 3ºA salen corriendo de clase pero Pablo recoge con calma su pupitre. Si no lo pide la profesora, no recoge sus cosas hasta que suena el timbre, ¿por qué debería hacerlo? El timbre es la señal de que han acabado las clases. Todos sus colores tienen un orden en su estuche, sus libros y libretas también lo tienen en su mochila. Todo tiene su lugar.

Fuera del colegio los otros niños y niñas corretean y miran de un lado a otro buscando a sus padres pero Pablo no. Él tiene claro hacia donde debe ir, no hay prisa ni incertidumbre, su madre estará en su coche en el aparcamiento de la esquina derecha, exactamente como cada día.

María observa a Pablo por el retrovisor. Sabe por qué mira por la ventanilla; está contando las intersecciones, las señales de tráfico, incluso los tiempos de intervalo en las luces de los semáforos. María siempre sigue el mismo trayecto de vuelta a casa, a Pablo le gusta su rutina y si bien al principio parecía poco cómodo, después de tanto tiempo, María ha descubierto que también a ella le gusta. Simplifica su vida, no se estresa si hay atascos o si encuentra semáforos en rojo, esa es su ruta y en cierto modo es como si fuera la única posible así que ya no siente ansiedad por la existencia de alguna alternativa más rápida o menos concurrida.

Una vez en casa, tras la merienda, es la hora de hacer los deberes. María aprovecha para hacer otras cosas, sabe que Pablo no la necesita, es un niño muy inteligente y eso la llena de orgullo. Especialmente porque es consciente de que a Pablo no le gustan todas las asignaturas y que para él es complejo entender porqué debe aprender cosas que no le interesan, pero aún así lo hace y lo hace bien.

El padre de Pablo trabaja hasta tarde así que antes de que llegue y cenem, María tiene tiempo para jugar con su hijo. Disfruta mucho de ese tiempo compartido. A Pablo le encanta construir cosas así que los juegos de lego y las maquetas suelen ocupar sus ratos de ocio. Muchas veces María se sorprende a si misma embelesada mirando fijamente a su hijo. Pablo concentrado en su tarea, de tanto en tanto la mira y ella ve tanto amor en sus ojos. Él tiene dificultades para demostrar su afecto pero a María no le importa, ella lo sabe, sabe el gran corazón que tiene su hijo y que su pragmático modo de ver el mundo y su literal forma de comunicarse no disminuyen la bondad y el amor que irradia su espíritu. Y en esos momentos lo imagina de adulto, imagina las grandes cosas que hará, el maravilloso hombre en el que se convertirá y lo único que desea en ese preciso instante es que el resto del mundo sepa verle con los ojos que ella le ve.

Todo lo que su corazón anhela es que más allá de la dificultad de Pablo para comprender las formas sociales o de sus estrictas rutinas, rutinas que ella ha adquirido por amor, más allá de todas sus peculiaridades todos aquellos que se cruzan en su vida sean tan afortunados de captar esa luz tan especial que desprende Pablo, su pequeño con Síndrome de Asperger.

*Título: "Rutinas de amor"*

*Seudónimo: Carmen Ruiz Cano*